

Los mineros: en las entrañas de la tierra

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

En este artículo abordaré el mundo de la explotación minera en México a finales del siglo XIX. A través de la novela *Los Maduros* de Pedro Castera, publicada en 1882, hablaré del mundo laboral, económico y social de los mineros en el porfiriato como una forma de producción y explotación de la tradicional riqueza minera mexicana al interior del país y su exportación para entrar en los circuitos comerciales de las naciones y para la conformación de México como un Estado-Nación.

Abstract

In this article I will approach the world of the mining exploitation in México at the end of the XIX century. Using *Los Maduros*, the novel from Pedro Castera published in 1882, I will talk about the working, economic and social world of the miners in the porfiriato as a way of the production and exploitation of the traditional Mexican wealth at the inside of the country and its exportation to enter in the commercial circuits of the nations and the conformation of Mexico as a National-State.

Palabras clave: mundo moderno, riqueza, minas, imperio

Key words: modern world, wealth, mines, empire

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás, “Los mineros: en las entrañas de la tierra”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 59, semestre II, julio-diciembre de 2022, UAM Azcapotzalco, pp. 99-109.

Me sorprendieron su miedo y su inocencia, especialmente raros en hombres que bajaran a diario a la mina armados solo con un candil, sin la certeza de volver a ver la luz del sol, hombres salvajes, casi más máquinas que humanos.

Natsume Sôseki, *El minero* (1908)

I. Introducción

Las entrañas de la tierra desde tiempos inmemoriales han generado grandes riquezas para los particulares, empresas y para las naciones. Es una riqueza extraída literalmente con el sudor y con la sangre de la clase trabajadora —léase mineros— que han creado grandes imperios a través de la historia.

La noche de los tiempos mantiene una historia entre la bruma y el olvido a esos trabajadores que luchan día con día por extraer la riqueza minera de las entrañas de la tierra a costa de su salud, malos tratos y aún de la misma muerte.

La oscuridad de las minas y sus interminables caminos y puntos de intersección hacen de este trabajo un continuo padecer de enfermedades que tienen que ver con la respiración de sustancias tóxicas y la inhalación de un aire enrarecido por la acumulación de gases que pueden ser mortales para el ser humano.

El mundo de los mineros es un universo asfixiante, no solo de las condiciones naturales de la explotación de la riqueza de la tierra sino de los procesos de trabajo excesivos a que se ven sometidos los mineros en sus largas y pesadas jornadas de trabajo.

Este trabajo es un acercamiento a ese mundo literario sobre las minas y los mineros, en él se analiza la novela *Los Maduros* del escritor mexicano Pedro Castera (1838-1906), como una ficción que nos permite acercarnos y conocer el universo de explotación a que son sometidos por la industria minera y por la avaricia de un sistema social, que sólo ve en ello, la creación de una riqueza que de vida y esplendor a una economía.

No hay mejor manera de conocer este “mundo del subsuelo” para entender la lógica del capital y la extracción de una riqueza natural que hace de los pueblos un mundo diferenciado a partir de la explotación, distribución y comercialización de los productos minerales arrancados literalmente a la madre tierra.

II. A caballo de la historia

Para el caso de México –llamada la Nueva España– a partir de la Conquista española, la historia de la minería empieza un largo redoblar por los tiempos de la codicia y la violencia. Con los sueños del Renacimiento europeo, crecen las posibilidades de buscar y descubrir otras tierras. El Renacimiento no es sólo la búsqueda del antropomorfismo –como condición clave para entender y explicar el nuevo papel central del hombre en el cosmos de su imaginación y de su práctica política-comercial, es también el encuentro de dos mundos.

Ese encuentro entre la avaricia europea y el misticismo del nuevo mundo enfrentan dos posiciones por entender la regulación entre ellos.¹ Posición que mantendrá una permanente oposición entre los países conquistados y el conquistador, donde más adelante el mundo español será desplazado por el imperio anglosajón.

La búsqueda de El Dorado, de la figura mítica de las Amazonas, serán algunos imaginarios que reforzaron el interés por encontrar tierras más allá del mundo europeo. Este interés será reforzado por la industria de los mares, la brújula, la pólvora, la navegación y el impulso de los mapas y la cartografía como emblemas de la Modernidad en busca de su expresión comercial y geográfica.

Los viajes de Marco Polo y las innumerables proezas de viajeros que buscaban otras rutas espaciales y comerciales van a dar vida a uno de los contactos culturales más importantes entre Europa y el mundo árabe. Historia llena de explicaciones eurocentristas que refuerzan la visión lineal y progresista del mundo europeo.

Como bien lo ha contado el novelista libanés en su extraordinaria novela *Las cruzadas vistas por los árabes*, donde establece un contrapunteo de pasiones e intereses entre los mundos que escenifican en ese momento dos puntos de avanzada para establecer los corredores comerciales, políticos y culturales de lo que será después llamado el mundo moderno:

El mundo árabe, fascinado y a la vez espantado por esos frany a los que ha conocido cuando eran unos bárbaros, a los que ha vencido, pero que, después, han conseguido dominar la tierra, no puede decidirse a considerar las cruzadas como un simple

¹ Para mayor información sobre este encuentro de mundos véase Jean Marie Gustave Le Clézio, *El sueño mexicano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1987), donde hace una profunda y sistemática reflexión sobre la Conquista y las tierras del nuevo mundo con un lenguaje poético deslumbrante.

episodio de un pasado que no volverá. Con frecuencia sorprende descubrir hasta qué punto la actitud de los árabes, y de los musulmanes en general, respecto a Occidente sigue, incluso hoy, bajo la influencia de los acontecimientos que se supone terminaron hace siete siglos.²

El mundo moderno abría sus puertas en Constantinopla y esta ciudad-imperio iba a convertirse en el vértice del encuentro entre Occidente y Oriente, en ese diálogo permanente de dos mundos, de dos culturas, que lucharían insensiblemente por mantener la hegemonía de esos mundos sobre el horizonte de un proceso de lucha permanente entre lo sagrado y lo profano, del proceso de laicización frente al mundo de la religión y sus símbolos.

El mundo moderno se consolidó y construyó en un modelo de dominación permanente de Europa sobre el resto del mundo, como lo afirma el historiador medievalista francés Jacques Le Goff: En la Europa medieval se producen relaciones centro-periferia cuyo buen funcionamiento es una de las condiciones de éxito de la comunidad europea.³

El surgimiento de la Modernidad como una fuerza innovadora y revolucionaria de las viejas formas de propiedad y del trabajo, obedecen a una lógica de la concentración y control de formas de pensar, actuar y explicar los cambios vertiginosos de un mundo que no se reconoce a sí mismo y a su naturaleza.

Los nuevos preceptos de una ciudadanía universal, de los consiguientes derechos universales —la santa trinidad: igualdad, libertad y fraternidad, de la diosa razón como principio único de clasificar y explicar al mundo y al hombre en su desarrollo y acontecer individual y colectivo, la supremacía de la individualidad y la visión del progreso edifican la arquitectura del mundo moderno.

En este mundo de tentativas y suposiciones el mundo moderno emergió como una fuerza inagotable por conocer lo propio y lo extraño, lo cercano y lo lejano, lo que era susceptible de ser contabilizado para la riqueza de los reinos. La lucha entre las naciones había iniciado su campo de batalla en los mares y en ese inevitable afán por acumular riqueza, hombres, y sobre todo, la carrera incontrolable por llegar a dominar a los demás por sobre todas las cosas. En el paisaje universal aparecía esa figura del Imperialismo.

² Amin Maalouf, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 373-374.

³ Jacques Le Goff, *La vieja Europa y el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 28.

El mundo sería repartido, no por la razón de los pueblos, sino por la fuerza de las armas y los discursos, inaugurando así, una nueva etapa en el concierto de las naciones. Aquí la idea de Nación sostendría una lucha a muerte con sus otros rivales: aquellos pueblos que también querían dejar la condición de pueblos primitivos para pasar a formar parte de ese mundo civilizado. La expresión más acabada de esa nueva relación asimétrica sería la expresada en el modelo de dominación: Metrópolis-Colonias.

III. El mundo de acá

El nuevo mundo fue resultado de los intereses palaciegos y comerciales. Entre el poder del mundo religioso y comercial se llevó a cabo una de las empresas más fascinantes del mundo moderno: el descubrimiento de América.

La teoría de la dualidad, daba sus primeros frutos. Esta estaba construida alrededor del poderío de la Iglesia cristiana y la figura del Rey. La conquista espiritual y militar se complementaban de maravilla, por lo menos, para las tierras recién descubiertas.

El encuentro intempestivo entre el hombre europeo y el indígena generó expectativas de todo tipo. Sus culturas se enfrentaron en un primer contacto visual y cultural. La dialéctica antropológica de nosotros y ustedes ponía las primeras piedras para el edificio de la diferencia permanente del mundo de allá y el mundo de acá.

Como lo ha establecido el historiador francés Fernand Braudel: El Mediterráneo se convirtió con el paso del tiempo en un espacio clave para las aventuras del mar y ensanchar las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, como lo asevera de la siguiente manera:

El Mediterráneo es los caminos del mar y de la tierra, unidos entre sí; caminos significa ciudades, las modestas, las medianas y las más grandes dándose las manos. Caminos y más caminos, es decir. Todo un sistema de circulación. A través de ese sistema, culmina ante nuestros ojos la comprensión del Mediterráneo, que es, en toda la extensión del término, un espacio-movimiento.⁴

De esos centros y puertos de circulación salieron las naves para buscar nuevas tierras. El nuevo continente fue resultado de grandes esfuerzos de los reinos

⁴ Fernand Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 62.

por la lucha del mar y de la tierra. El viejo mundo se ensanchaba en el horizonte de sus posibilidades y desafíos.

La riqueza americana brillo ante los ojos desorbitados de los conquistadores españoles y portugueses. Una naturaleza exótica se presentaba ante ellos con su variedad y magnificencia que avivó la avaricia de los primeros aventureros. Esa riqueza natural dio pie a la construcción paulatina de poblados y caminos que sembraron las semillas de la posterior conquista espiritual y militar.

Esto fue el inicio del poblamiento y de la concentración de la clase minera en estos espacios de explotación y comercialización de la minería. Como lo afirma John H. Parry:

Los productos animales y vegetales de las Indias eran casi insignificantes para muchos españoles en comparación con los productos minerales –los metales preciosos–. La minería de oro y plata a raíz de la conquista era una simple cuestión de extracción y lavado en corrientes a propósito; pero a mediados del siglo XVI se descubrieron riquísimas vetas argentíferas en Zacatecas y Guanajuato.⁵

Con el avance de la conquista militar y espiritual se fue conformando una cartografía de los lugares donde se encontraba la riqueza material en las entrañas de la tierra. La plata mexicana se convirtió en referente de la Nueva España para el mundo.

Y así la explotación de la minería se convertirá en uno de los negocios más rentables en la Nueva España. Al empezar como una aventura particular y fuera de todo control del reino de España, al avanzar la época virreinal, y posteriormente, después de la Independencia de México, esta riqueza requiere de un control más efectivo por parte del Estado mexicano y sus instituciones.

Las minas se transformaron y constituyeron centros de atracción y expulsión de la población. Eran lugares de trabajo pero también eran espacios de explotación y maltrato. Las minas representaron un lugar de trabajo donde los sectores sociales bajos encontraron un espacio para trabajar y recrear una cultura particular de los mineros y sus rituales.

El oro y la plata, dos metales preciosos, dieron pie a grandes fortunas, a ser los pilares del auge y la decadencia de pueblos y ciudades, como es el famoso caso de Real de Catorce, San Luis Potosí, que ahora es un "pueblo

⁵ John H. Parry, *Europa y la expansión del mundo 1415-1715*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 98.

fantasma” después de haber tenido un esplendor económico en gran parte del siglo XIX.

IV. El siglo XIX

Después de muchos avatares por constituir al Estado nación mexicano en el siglo XIX: guerras, problemas financieros, pérdidas de territorio, invasiones, cruentas guerras civiles, entre otros problemas. El período del Porfiriato sentó las bases para un proyecto de industrialización y crecimiento económico nunca antes alcanzado por gobierno alguno.

Esto fue posible por un período de paz relativa –con controles a sangre y fuego sobre los disidentes del régimen– para construir ese México moderno que se requería para los nuevos tiempos del concierto de las naciones.

En este tiempo de sueños y utopías le tocó vivir a Pedro Castera (1838-1906). Soldado republicano que se enfrentó a la invasión francesa del Segundo Imperio y que realizó trabajos en las minas, que le darían posteriormente la información y la experiencia para escribir literatura sobre el mundo minero. Publicó *Cuentos mineros* (1881), *Las minas y los mineros* (1882), *Los maduros* (1882) y su novela más famosa *Carmen* (1882).

En su novela corta *Los maduros* va a realizar un acercamiento del mundo minero con sus formas de trabajo, diversión y con los funerales como corolario de la vida y muerte de los trabajadores mineros.

El trabajo en las minas conllevaba en sí un miedo social por participar en ellas. Dentro de las formas de trabajo de la época se consideraba un trabajo de alto riesgo y poca paga. Como nos cuenta Jacques Paire en su novela *Senderos de plata*:

A pesar de estas restricciones, la sola mención de los reales de minas sembraba el pánico entre los campesinos que se veían forzados a abandonar sus cultivos y recorrer largos trayectos para cumplir con la cuota de su localidad, teniendo que costear por sí mismos los gastos del viaje. El trabajo era extenuante y la paga, cuando la recibían, irrisoria. No en balde los indígenas oponían una férrea resistencia a una obligación que detestaban, y con justa razón, sabiendo por experiencia que la ley pocas veces se aplicaba. Aunque no tuvieran que bajar al fondo de las minas, tarea reservada a los esclavos o para lo cual se contrataban hombres libres, mestizos y mulatos, el proceso

de lavado y amalgamación del mineral con mercurio les causaba náuseas e hinchazón en las encías.⁶

Al igual que otros espacios de trabajo –como es el caso célebre de las plantaciones de Valle Nacional– las minas se convertían en lugares malditos y de una incesante sobreexplotación del trabajo humano. Así como lugares de castigo o encierro para los prófugos de la ley.

En la novela *Los maduros*, Pedro Castera retrata una historia de amor dentro del trabajo en las minas y su inicio nos remonta a la explicación histórica del descubrimiento o explotación de una zona minera. El mismo Castera lo apunta:

La bonanza de la mina de La Luz hizo época en el Real de Guanajuato. Esta mina está a una distancia de tres o cuatro leguas del ya citado mineral y produjo con su famosa bonanza el Real que hoy lleva su nombre. Una población se formó, rodeando casi la mina, que en el transcurso de ocho años arrojó al mercado del mundo la suma de noventa y seis millones de pesos. El movimiento causado por esto, hizo que los mineros guanajuatenses encontrasen otras bonanzas, como las de Sirena, San José de los Muchachos, Santa Lucía, La Purísima, etcétera, etcétera.⁷

La bonanza de una mina, era la bonanza de una región o del propio país. México estuvo lleno de bonanzas en el centro y el norte, generando con esto una forma de trabajo peculiar y toda una infraestructura para la explotación minera. Como cualquier oficio, los mineros representaron una fuerza de lucha por sus derechos laborales como sería expresado más tarde en la huelga de Cananea, Sonora, en 1906.

Con estos hallazgos e inversiones el territorio nacional va a desarrollar una industria minera que aporte cuantiosas ganancias a algunos particulares y en parte al Estado. Pero también en el plano de lo social y lo cultural se va a construir una forma de vida alrededor del mundo de las minas:

De todos los estados de la República acudían mineros al Real y todos encontraban trabajo, ganaban dinero y lo despilfarraban con la mayor facilidad. La ciudad estaba de fiesta y deslumbraba con sus prodigalidades. En las casas ricas y por lo mismo aristocráticas, se jugaba fuerte y se bailaba; en las chozas de los mineros había

⁶ Jacques Paire, *Senderos de plata. Historia del Fénix de los mineros de América*, México, DEBOL-SILLO, 2007, p. 22.

⁷ Pedro Castera, *Los maduros*, México, Planeta/Conaculta, 2002, p. 9.

también fandangos y también albuces. En las minas se trabajaba y se bebía; eso sí... ambas cosas se hacían de lo fino. La ciudad no dormía. Las serenatas, los teatros, los bailes, las tertulias de todo género y la fiebre de la ambición multiplicaban su vida.⁸

Pero también existía en contraparte a esta felicidad, la miseria y las enfermedades producidas por el encierro y por la inhalación de los gases minerales producidos en las profundidades de las minas. Una mala alimentación y un trabajo excesivo iban minando la salud de los mineros.

El autor recalca continuamente esta ambiente festivo y de bonanza para los dueños de la mina, pero no así para la clase trabajadora que padecía largas y extenuantes jornadas de trabajo. Parecía que la mina tenía vida propia y había que extirparle poco a poco la riqueza de sus entrañas. Así lo apunta el autor:

La bonanza de La Luz estaba en todo su esplendor. Trabajaban durante el día unas mil quinientas paradas o sea tres mil barreteros, otros tantos durante la noche; en algunas labores entraba pueblo tras de pueblo, es decir, tandas de paradas que se turnaban cada ocho horas. El cerro temblaba continuamente, viendo extraer sus entrañas pedazo a pedazo.⁹

En las profundidades de la tierra se sufría un aire enrarecido y las bajas temperaturas que se cruzaban con el sudor producto de un trabajo intenso y un desgaste corporal permanente. En este sentido las condiciones de trabajo iban minando la salud de los mineros poco a poco. Las enfermedades respiratorias y un cansancio crónico eran respuestas a un trabajo intenso y agotador:

Hasta aquel cañón apenas llegaba el aire de los tiros, el calor era elevado, los hombres trabajaban desnudos, bañados de sudor y con el agua cayéndoles en finas gotas sobre sus cabezas y espaldas... El aire viciado por los miasmas de la mina apenas servía, tanto para la combustión que produce la luz, como para la combustión que en los pulmones produce la vida. El trabajo durante ocho horas taladrando el cuarzo durísimo a fuerza de golpes, pegados por los martillos contra las barrenas. El calor, la fatiga y la humedad, el aire ya viciado, viciándose aún más por las emanaciones del sudor, por el carbono suministrado por las mechas y por las respiraciones, por los gases sulfurosos y arsenicales desprendidos del rosicler con la violenta combustión de la pólvora en los barrenos, iba envenenando la sangre de aquellos hombres, que por vigorosos que fuesen no podían resistir más que dos o tres meses de aquel trabajo.

⁸ Pedro Castera, *op. cit.*, p. 11.

⁹ *Ibid.*, p. 25.

Se ponían pálidos, débiles, enfermizos, y con aquel veneno aspirado lentamente bajo diversas formas, la muerte celebraba opíparos festines.¹⁰

Esta cita, representa en sí, una síntesis magistral de las condiciones de trabajo y de riesgo de la clase trabajadora de las minas. Lo cual, nos muestra, al igual que en otros sectores productivos, que primero está la generación de riqueza y después la salud de la clase trabajadora. El capital tiene y mantiene su lógica sobre todas las cosas,

V. Palabras finales

El mundo minero tuvo en el México del siglo XIX, un gran auge. El estado mexicano en formación y las inversiones nacionales e internacionales en el sector lograron un crecimiento económico constante.

La minería mexicana tenía una larga historia tras de sí. El descubrimiento del nuevo mundo y la conquista y expansión del imperio español en las tierras recién descubiertas hicieron de la explotación de la riqueza mineral un aporte fundamental para la economía mexicana y mundial por varios siglos.

El factor capital varío, según las bonanzas mineras, pero el trabajo humano fue un factor constante de explotación y descuido por las autoridades correspondientes a lo largo de los años. El trabajo humano que producía la riqueza, era el más olvidado. La minería mexicana se conoció en el mundo y la plata mexicana inundó los caminos de allende los mares.

La literatura es una fuente inagotable para complementar estudios sobre la minería en general. Las expresiones literarias a éste tema son amplias alrededor del mundo. Sólo nombraré algunas para el que se interese por el universo literario y minero.

Las citaré en orden cronológico: *Germinal* (1885) de Emile Zola, *El minero* (1908) de Natsume Sôseki, *Tungsteno* (1931) de César Vallejo, *Que verde era mi valle* (1939) de Richard Llewellyn y *Tierra mártir* (1948) de Alan Patton.

Sólo son algunas obras literarias que nos permiten la entrada a ese fascinante y a la vez doloroso mundo de las minas. Historia pasada, presente y futura de la condición humana.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 28-29.

Bibliografía

- Brading, David A. *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo. El espacio y la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Brushwood, J.S. "La novela mexicana frente al porfirismo", en *Historia Mexicana*. Vol. VII, no. 3, México, El Colegio de México, 1958, pp. 368-405
- Castera, Pedro. *Los maduros*. México, Planeta/Conaculta, 2002.
- González Navarro, Moisés. *Sociedad y cultura en el porfirato*. México, Conaculta, 1994.
- Haber, Stephen. *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*. México, Alianza Editorial, 1992.
- Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*. México, Secretaría de Educación Pública, 1976.
- Le Clézio, Jean Marie Gustave. *El sueño mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Le Goff, Jacques. *La vieja Europa y el mundo moderno*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Maalouf, Amin. *Las cruzadas vistas por los árabes*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- Nueva Historia Mínima de México*. México, El Colegio de México, 2010.
- Paire, Jacques. *Senderos de plata. Historia del Fénix de los mineros de América*. México, DEBOLSILLO, 2007.
- Parry, John H. *Europa y la expansión del mundo 1415-1715*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Sóseki, Natsume. *El minero*. Madrid, Impedimenta, 2016.
- Una visión de la minería*. México, Artes de México, 2007, No. 86.